

81/2011

22 noviembre de 2011

Georgina Higuera y Rumbao

BIRMANIA. UN FUTURO LLENO DE
ESPERANZA

BIRMANIA. UN FUTURO LLENO DE ESPERANZA



Dice el refrán que el hábito no hace al monje, pero desde que los generales birmanos colgaron sus uniformes para dirigir como civiles Myanmar, uno de los países más aislados del planeta, los cambios se suceden uno tras otro y van fundiendo su férrea dictadura. La decisión de Aung San Suu Kyi, premio Nobel de la Paz e icono de la democracia, de presentarse como candidata a las elecciones parciales que se celebrarán dentro de dos meses, ha abierto definitivamente las puertas a la transición birmana.

En apenas un año y ante la mirada todavía incrédula de los más de 54 millones de habitantes del país, los ex generales han emprendido la senda de la normalización política y económica de Myanmar, nombre con el que fue rebautizada la antigua Birmania por los militares que la han gobernado durante medio siglo. Cuando en marzo pasado el jefe de Junta, general Than Shwe, entregó el poder a quien había sido durante cuatro años su primer ministro, el ex general

Thein Sein, nadie imaginó que el nuevo presidente iba a dar un portazo al pasado para tomar el camino de la reforma y abrir el país a Occidente .

Aún falta mucho por hacer, pero la rapidez con que se están adoptando medidas tan importantes como la suspensión de la censura previa, el desbloqueo de las web informativas de Internet, la legalización de los sindicatos, la introducción en el Parlamento de una propuesta sobre el derecho de manifestación o la excarcelación de 20.000 reos, entre mayo y octubre, incluidos centenares de presos políticos -algunos de ellos destacados disidentes-, comienzan a dar confianza a la población. Los cambios también se han ganado el aplauso de Estados Unidos, cuya secretaria de Estado Hillary Clinton tiene previsto viajar en diciembre a Myanmar para expresar el apoyo de Washington a la transición democrática. Será la primera vez en 50 años que el jefe de la diplomacia estadounidense visita el país.

Además, la promulgación de leyes para “mejorar la transparencia e impulsar la inversión exterior” genera esperanza en una mejora del nivel de vida de este castigado pueblo. Myanmar es uno de los países más corruptos y más pobres de Asia. La renta per cápita apenas alcanza los 720 euros.

El último y más significativo de los pasos dados fue levantar las restricciones impuestas para pertenecer a un partido político a las personas condenadas por la Justicia de la dictadura y a las formaciones políticas en que militaban. Con ello, se dio luz verde a la reinscripción de la Liga Nacional para la Democracia (LND) y a su líder, Aung San Suu Kyi, liberada el 13 de noviembre de 2010, tras siete años y medio seguidos de arresto domiciliario. Suu Kyi, al frente de la LND, obtuvo en 1990 una aplastante victoria electoral que los militares nunca reconocieron y por la que la han tenido confinada durante un total de 15 años. Otros cientos de dirigentes y militantes de la LND también fueron encarcelados.

Tras años de presiones de la comunidad internacional y necesitada de que se levantaran las sanciones económicas que ahogan el país, la Junta militar modificó en 2008 la Constitución para establecer una pseudodemocracia, en la que se incluyen elecciones generales. Se celebraron el 7 de noviembre de 2010, pero la llamada Mandela de Asia pidió el boicót por considerar que no eran ni libres ni democráticas. Pero fueron esos comicios, los primeros en 20 años, los que abrieron la primera rendija de luz en medio siglo de tinieblas.



Días más tarde, la Dama, como respetuosamente la llama su pueblo, fue puesta en libertad sin condiciones y dejó claro que no estaba dispuesta a entenderse con sus antiguos captores ni a creer que Myanmar entraba en una nueva etapa. Un año después, sin embargo, Suu Kyi reconocía, durante una conversación telefónica con el presidente Barack Obama, que se han operado cambios en el país que necesitan el respaldo estadounidense y el presidente le expresaba el apoyo de EEUU a la transición birmana.

Obama, que ha dado un importante giro a su política exterior para reforzar la presencia de Washington en Asia y frenar la creciente influencia de China, no ha dudado en abrazar este incipiente proceso de democratización. El presidente de EEUU, que pidió al Gobierno birmano que prosiga la vía de la reforma y libere a la totalidad de los presos de conciencia – según informa la BBC en su página web, quedan entre “1.000 y 1.500” de los 2.100 que había antes de las elecciones- parece dispuesto a liderar la reinserción de Myanmar en la comunidad internacional, lo que permitirá al país dejar de ser uno de los parias del mundo. Se espera que Clinton selle la reconciliación y anuncie el progresivo levantamiento de las sanciones que dará vía libre a las empresas occidentales para participar en el desarrollo del país.

Estratégicamente situada entre China e India, Myanmar cuenta con una larga costa y puertos sobre el océano Índico y el mar de Andamán. Si se amplían los puertos y se crea una buena red de carreteras y ferrocarriles, China e India tendrán fácil acceso a los demás países de la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (ASEAN), lo que incrementará enormemente el

comercio regional. Además, Myanmar posee no solo petróleo sino también una de las mayores reservas mundiales de gas y los dos gigantes asiáticos precisan de cantidades ingentes de energía para mantener sus ritmos de crecimiento. Piedras preciosas, maderas y ricas tierras de cultivo son otros de los atractivos del país.

En este medio siglo de aislamiento, Tailandia, China e India han sido los principales socios comerciales, pero en los últimos años el cortejo de la Junta militar por Pekín y Nueva Delhi ha sido más que evidente. En un país donde no existen auditorías y el múltiple sistema de cambio de la moneda –en el mercado negro el kyat vale 200 veces su precio oficial- las inversiones exteriores se perdían en unos cuantos bolsillos generando corrupción y malestar.

Símbolo también de los nuevos tiempos ha sido la decisión del presidente Thein Sein de parar la construcción de una presa cerca de la frontera con China, que hubiera supuesto sumergir bajo las aguas una extensión similar a la Rioja alavesa y a la que la población de la zona se oponía rotundamente. El proyecto de 3.600 millones de dólares estaba financiado por Pekín y la mayoría de la electricidad que produjera en el futuro se destinaría a China, lo que aumentaba el rechazo de los lugareños, que consideraban que no traería el desarrollo a la zona.

Las nuevas autoridades birmanas han tomado las primeras medidas para liberalizar la economía, atraer inversión exterior y dar algo de transparencia a sus cuentas –los bancos están autorizados por primera vez a vender divisas a precio de mercado-. Rodeado de regímenes autoritarios o semiautoritarios cuyas economías han tenido un fuerte despegue en las últimas décadas, como China, Vietnam, Brunei o Singapur, los ex generales buscan un modelo similar en el que el mercado impulse el desarrollo.

Esta voluntad de apertura ha sido muy bien recibida por su vecinos. La ASEAN, a la que Myanmar pertenece desde 1997, aceptó el 17 de noviembre pasado que el país ostente la presidencia de la organización en 2014. La presidencia, que se encarga de celebrar las cumbres, es rotatoria anualmente entre los 10 miembros, pero hasta ahora no había sido transferida a Myanmar por las denuncias contra la Junta militar de violaciones de los derechos humanos y represión. “Estamos satisfechos con el ritmo de progreso” que el nuevo Gobierno birmano está imprimiendo a la reforma declaró el primer ministro de Malasia, Nayib Razak, en la cumbre celebrada en la isla indonesia de Bali. La ASEAN coincide con EEUU en el deseo de limitar la influencia china en Myanmar.

Lejos quedaron ya las primeras reuniones y entrevistas de la líder de la LND tras su liberación, en las que aseguraba que pondría en marcha una “revolución no violenta” en lugar de una evolución. “Considero que la evolución es un cambio imperceptible, muy, muy lento, mientras que la revolución supone un cambio significativo y nosotros [los birmanos] necesitamos un cambio significativo”, declaró Suu Kyi a distintos medios. El símbolo de la resistencia birmana, que sufrió las críticas de un sector de la LND por empeñarse en boicotear las elecciones de 2010, parece haber comprendido que, aunque con muchas carencias democráticas, esos comicios fueron –y muy a pesar de los generales- el primer paso para devolverles a los cuarteles.

Suu Kyi, de 66 años, ha sabido aceptar la rama de olivo tendida por un Gobierno que, en contra de lo que se esperaba, parece tener en cuenta los intereses de su pueblo. En julio, la líder opositora mantenía su primera reunión oficial con un ministro y, el 19 de agosto, aceptaba la invitación para entrevistarse en la nueva capital del país, Naypyitó, con el presidente Thein Sein, uno de los generales de la Junta que dejó el uniforme en el desván.

En esa segunda quincena de agosto se produjeron los mayores gestos de reconciliación del país. Además, de las imágenes transmitidas por la televisión nacional del encuentro entre Thein Sein y Suu Kyi, tres días después, el presidente se dirigió a la nación por televisión e hizo un sorprendente llamamiento a los exiliados para que volvieran al país. Para facilitarles la vuelta se comprometió a poner en marcha medidas que garanticen “el buen gobierno, la transparencia y las prácticas democráticas”. La semana anterior, el Gobierno había invitado a las guerrillas separatistas que campean por las fronteras con Tailandia y China (este y noreste de Myanmar) a entablar negociaciones de paz.

Los más escépticos a los cambios que se están operando son precisamente las minorías nacionales y las decenas de miles de exiliados residentes en su mayoría en la vecina Tailandia. Unos y otros temen que se trate de pura cosmética. Muchos sostienen que las nuevas autoridades no están dispuestas a establecer una auténtica democracia sino que pretenden lavar la cara del régimen para que se levanten las sanciones económicas y puedan hacer grandes negocios. Desconfían del ala más dura de los militares, que ahora está callada, pero puede volver a tomar el poder ante cualquier síntoma de inestabilidad social o con la excusa de una catástrofe natural, como las que se suceden cada vez con mayor asiduidad debido al cambio climático. Apoyan sus miedos en la historia reciente de Myanmar, con intentos de apertura pisoteados como el de 1989 y 2002.

El 62% de los 54 millones de habitantes del país pertenece a la etnia birmana y el 38% restante se lo reparten otras etnias, entre las que destacan los shan (9%), karen (7%), rajines, chinos, indios, mon y kachín. Las minorías se quejan de que el proceso de apertura no las ha tenido en cuenta y los militares se han ensañado contra ellas en los últimos meses. Los combates persisten en el norte y el noreste del país y según varias ONG, como Consortium, “en el último año ha habido un aumento en el número de desplazados, después de que más de 100 aldeas de distintas minorías hayan sido destruidas por operaciones militares, que han forzado a huir a 112.000 personas, sobre todo de áreas habitadas por los karen, shan y kachín”. La destrucción de las aldeas se produjo después de que sus habitantes rechazaran la oferta de los militares de formar una “fuerza policial” contra las guerrillas.

En 1989, en un arranque de populismo, la Junta militar ordenó sustituir el nombre de Birmania por el Myanmar (antes de las elecciones de 2010, lo volvió a cambiar por el de la Unión de Myanmar) para que las minorías étnicas no se sintieran infravaloradas. Pero ha sido la continua represión de éstas y de sus derechos lo que ha mantenido en pie de guerra estos años a grupos armados, como el Ejército de Liberación Nacional Karen (KNLA, en sus siglas en inglés); el Ejército Karenni; la Unión Nacional Karen/Consejo de Paz del Ejército de Liberación Nacional Karen (KNU/KNLA PC); el Ejército Independiente de Kachín (KIA); el Ejército del Estado Shan-Norte (SSA-N) y el Ejército Budista Karen Democrático (DKBA).

Todas estas guerrillas son soberanistas, aunque la mayoría de sus representantes políticos están a favor de una autonomía y de la creación de un Estado federal. El pasado septiembre, el Parlamento aprobó por unanimidad establecer una Comisión de Reconciliación y los escasos diputados opositores solicitaron a la Cámara que pidiera la inclusión de Aung San Suu Kyi en esta comisión. La dirigente demócrata había señalado su disposición a mediar en la consecución de un alto el fuego que despeje el camino a la negociación de una reconciliación en el país.

Pero no todos los exiliados y representantes de las minorías nacionales menosprecian las medidas liberalizadoras adoptadas por el nuevo Gobierno. “Si ellos pretenden que están cambiando debemos de empujarles para que el cambio sea irreversible. Si continuamos diciendo ‘no habéis cambiado’ y poniendo obstáculos, entonces el cambio no se producirá nunca”, declaró el disidente shan Harn Yawngnwe, que dirige en Bruselas la oficina EU-Birmania para impulsar la democratización del país.

En 1996, la Unión Europea fue la primera que, ante los oídos sordos de la Junta a las demandas de respeto a los derechos humanos, comenzó a imponer sanciones económicas al régimen. Un año después, Estados Unidos también decretó sanciones, que se fueron endureciendo hasta alcanzar su máximo nivel en 2007, tras la brutal represión militar de la llamada Revolución Naranja -por el color de los hábitos de los monjes budistas que la desencadenaron-. Australia, Canadá, Nueva Zelanda y Japón adoptaron también distintas medidas de presión. Todos ellos han comenzado ya a relajarlas.

“Parece que están en marcha auténticos cambios. Apoyamos estos primeros esfuerzos de reforma. Queremos ver que el pueblo de Birmania es capaz de participar plenamente en la vida política de su propio país”, declaró la secretaria de Estados de EEUU, Hillary Clinton, el pasado 11 de noviembre, durante la cumbre de la APEC (Cooperación Económica Asia-Pacífico), al informar de la decisión de levantar el veto a que instituciones de crédito multinacionales, como el Banco Mundial, cooperen con Myanmar. Las sanciones se están quitando de forma paulatina, añadió Clinton.

Para Washington era muy importante la legalización de la LND, y que este partido, que junto con su líder Aung San Suu Kyi simboliza la lucha por la democratización de Myanmar, forme parte del sistema político birmano y tenga la puerta abierta a participar en las elecciones y entrar en el Parlamento, si las gana. En los próximos comicios parciales se elegirán a los ocupantes de 48 escaños que han quedado vacantes en las dos cámaras del Parlamento, después de que los recién elegidos fueran nombrados ministros u otros altos cargos de la Administración.

Hija del general Aung San -el héroe que forzó al imperio británico a firmar el Tratado de Independencia de Birmania, aunque fue traicionado y ejecutado justo seis meses antes de que se hiciera efectivo el nacimiento del nuevo Estado el 4 de enero de 1948-, nada hacía prever que Suu Kyi, educada en Europa, residente en Reino Unido y casada con un ciudadano británico, se convertiría en la Mandela de Asia. Pero, cuando en 1988 volvió a Rangún para cuidar de su madre moribunda, se encontró con un país en plena efervescencia contra un cuarto de siglo de dictadura. Miles de personas protestaban en las calles contra el

subdesarrollo y el oscurantismo del régimen impuesto tras el golpe de Estado de 1962 por el general Ne Win, quien tras teñir de sangre las protestas, se vio forzado a dejar el poder en manos de otra junta militar que se comprometió a celebrar elecciones libres.

Los manifestantes pidieron a Suu Kyi que tomara el testigo de su padre, y ella no lo dudó. “No podía permanecer indiferente ante lo que estaba pasando”, dijo poco después de aceptar el liderazgo de la LND. En 1989, los militares no supieron valorar la capacidad de su contrincante, ni el agotamiento del pueblo con la dictadura, por lo que permitieron que al año siguiente se celebraran elecciones libres creyendo que las ganarían ellos. Los resultados fueron para los generales una auténtica bofetada y, humillados públicamente, se negaron a reconocer la contundente victoria demócrata.

La elite castrense aprendió la lección y, a partir de ese momento, reprimió a sangre y fuego cualquier conato de libertad, de democracia, de insumisión o de protesta. Solo la presión exterior convenció a los generales de la necesidad de romper el aislamiento en que se hundió el país. También jugó un importante papel, la diplomacia silenciosa de la ASEAN, que después de muchas discusiones decidió abrir las puertas a Myanmar en 1997, aunque desde el mismo momento de su ingreso, la Junta militar supuso para la ASEAN un cúmulo de tensiones, por su resistencia a poner fin a la represión y a liberar a los miles de presos políticos, incluida Suu Kyi.

La soledad del régimen militar se hizo especialmente patente cuando en 2007 arremetió contra los pacíficos monjes budistas que se colocaron al lado del pueblo y encabezaron las marchas de protesta contra las subidas decretadas del precio de los combustibles y el transporte. El 85% de la población es budista y se sintió muy dolida al ver como los militares golpeaban y se llevaban a rastras a sus monjes.

Al año siguiente, la tragedia del ciclón *Nargis* que azotó la costa sur del país y causó decenas de miles de muertos y desaparecidos y dos millones de desplazados mientras el Gobierno rechazaba la ayuda internacional, dejó en evidencia la insostenibilidad de una dictadura odiosa para su pueblo y para la comunidad internacional. En medio de la catástrofe –a solo seis días del paso del ciclón-, la Junta prosiguió con la convocatoria del referéndum nacional para reformar la Constitución. Pretendía –y lo logró con el 92,4% de los votos, según los resultados oficiales- aprobar una enmienda que establecía una “democracia con disciplina”.

Creado su propio sistema de *democracia dirigida*, no es de extrañar que la líder de la LND no quisiera ser cómplice- la Junta dio un paso atrás para permitir la celebración de elecciones en noviembre de 2010. Las reglas bajo las que se convocaban estos comicios no dejaron margen para que se cometiera el error de 1989. Todo estaba “atado y bien atado” para que no se produjeran unos resultados adversos. Aparte de reservar el 25% de los escaños del Parlamento y el Senado centrales y de las 14 asambleas regionales para miembros de las Fuerzas Armadas, los militares diseñaron la formación política con la que concurrían vestidos de civiles: el Partido de la Unión Solidaria y el Desarrollo (USDP, en sus siglas en inglés), que tiene 18 millones de miembros y contaba en sus listas con 18 ministros de la Junta de Gobierno.

Unos 28 millones de votantes fueron convocados a las urnas para elegir entre 37 partidos, aunque en realidad los comicios se disputaron entre los dos estrechamente ligados a las Fuerzas Armadas: el USDP y el Partido de la Unidad Nacional (NUP), que también incluye a muchos exmilitares. Los resultados oficiales otorgaron al USDP el 70% de los escaños.

Un colegio de senadores y diputados fue el encargado de elegir al jefe del Estado, que entre otras prerrogativas nombra a los ministros –han de ser militares los responsables de Defensa, Interior y Asuntos Fronterizos-, al fiscal general y al juez supremo y, lo que es más importante, al comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Este último será quien gobierne el país si se declara el estado de emergencia y, en caso de “desintegración de la Unión, desintegración de la solidaridad nacional o pérdida de soberanía”, podrá gobernar no solo por encima del Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial, sino también sin el respaldo del presidente.

Era difícil pensar que con estas restricciones Thein Sein se iba a embarcar en un proceso de democratización. Los miles de seguidores de Aung San Suu Kyi, que en la larga madrugada del 13 de noviembre de 2010 aguardaron ansiosos a las puertas de su casa-prisión para ver la sonrisa que ha alimentado la esperanza de millones de birmanos durante dos décadas, tampoco imaginaron que en poco más de un año podrían volver a votar por esta Dama de aspecto frágil y voluntad de acero. Desde entonces, Suu Kyi ha ido incrementando su actividad política. Comenzó por acudir con frecuencia a la sede de la LDN, pese a que oficialmente fue disuelta a mediados del año pasado, en donde recibía a sus gentes, la entrevistaban periodistas extranjeros y mantenía reuniones con embajadores y el enviado de Naciones Unidas. En julio salió por primera vez de Yangon (Rangún, la antigua capital) para visitar la ciudad de Bagán, mientras poco a poco su imagen se iba instalando en casas, comercios y puestos callejeros que ahora venden abiertamente sus fotos. Después llegaron los encuentros con el Gobierno y la reinscripción de la LND y de ella en el calendario electoral.

Lejos quedaron aquellos días en que solo exhibir una foto de la Dama era castigado con penas de cárcel. Y es que, tras muchos titubeos, el ex general convertido en presidente ha iniciado la transformación del país. Como decía Yawngnwe: “Más nos vale darles la oportunidad y no ponerles obstáculos en el camino”.

Georgina Higuera y Rumbao¹
Redactora Jefe EL PAÍS

¹ **NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.